

Lo que no es posible es que Francia haya comprometido una de las cosas más grandes y más sagradas que hay en el mundo: su bandera, y que haya comprometido lo que no es ménos grande ni ménos sagrado: su responsabilidad moral ante las naciones; y que haya prodigado su dinero, el dinero del pueblo que sufre; y que haya vertido, lo repito, la gloriosa sangre de sus soldados; y que haya hecho todo esto para nada... (*Sensacion inexplicable.*) ¿Me engaño para vergüenza?

¡Hé ahí lo que no es posible! (*Explosion de bravos y aplausos. El orador desciende de la tribuna y recibe las felicitaciones de una multitud de representantes, entre los que se distinguen á MM. Dupin, Cavaignac y Larochejaquelein. La sesion se suspende veinte minutos.*)

LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA ⁽¹⁾

15 de Enero de 1850.

SEÑORES:

Cuando se abre una discusion que se refiere á lo que hay más sério en los destinos del país, es preciso entrar enseguida y sin titubear en el fondo de la cuestion.

Empezaré diciendo lo que yo querría y despues diré lo que no quiero.

A mi juicio, señores, el objeto difícil de alcan-

(1) El partido católico en Francia había obtenido de M. Luis Bonaparte que el ministerio de Instruccion pública se confiase á M. de Falloux.

La Asamblea legislativa, en la que el partido reaccionario estaba en mayoría, apénas se había reunido, cuando M. de Falloux presenta un proyecto de ley sobre la enseñanza. Ese proyecto, bajo pretexto de organizar la libertad de enseñanza, establecía en realidad el monopolio de la instruccion pública en favor del clero, lo cual había sido preparado por una Comision extraparlamentaria, escogida por el Gobierno, en la que dominaba el elemento católico. Una Comision de la Asamblea, inspirada en el mismo espíritu, había combinado las innovaciones de la ley de tal modo que la enseñanza láica desaparecía ante la enseñanza católica.

zar, y lejano sin duda alguna, pero al cual es preciso tender en esta grave cuestion de la enseñanza, es el siguiente: (*¡Más alto! ¡Más alto!*)

Toda cuestion, señores, tiene su ideal. Para mí, el ideal en la cuestion de enseñanza es éste: Instruccion gratuita y obligatoria. Obligatoria en el primer grado solamente, gratuita en todos los grados. (*Murmillos en la derecha.—Aplausos en la izquierda.*) La instruccion primaria obligatoria es el derecho del niño (*Movimiento*), que, no lo dudeis, es más sagrado todavía que el derecho del padre y que se confunde con el derecho del Estado.

Hé ahí, señores, lo repito, el ideal de la cuestion: instruccion gratuita y obligatoria en la medida que acabo de indicar. Una grandiosa enseñanza pública, dada y reglamentada por el Estado, partiendo desde la escuela de aldea, y llegando por grados hasta el Colegio de Francia, más todavía, hasta el Instituto de Francia. Las puertas de la ciencia abiertas completamente á todas las inteligencias. Por todas partes donde haya un cam-

La discusion sobre el principio general de la ley se abrió el 14 de Enero de 1850. Toda la primera sesion y la mitad de la segunda del debate, las ocupó con un discurso muy hábil M. Barthélemy Saint-Hilaire.

Despues Mons. Parisis, obispo de Langres, subió á la tribuna á dar su asentimiento á la ley propuesta, siempre bajo algunas reservas y con ciertas restricciones.

M. Víctor Hugo contestó en aquella misma sesion á los representantes del partido católico.

En este discurso fué donde por primera vez se pronunciaron las palabras *derecho del niño*.

po, por todas partes donde haya una inteligencia, que haya un libro. Ni un municipio sin escuela, ni una ciudad sin colegio, ni una capital sin una facultad. Un vasto conjunto, ó por mejor decir una vasta red de talleres intelectuales, liceos, gimnasios, colegios, cátedras, bibliotecas, mezclando sus resplandores sobre la superficie del país, despertando por todas partes las aptitudes y abrigando por todas partes las vocaciones. En una palabra, la escala del conocimiento humano sostenida firmemente por la mano del Estado, plantada entre las sombras más profundas y oscuras, y terminando en la luz. Ninguna solucion de continuidad: el corazon del pueblo puesto en comunicacion con el cerebro de la Francia. (*Prolongados aplausos.*)

Hé ahí cómo comprendería yo la educacion pública nacional. Señores: al lado de esta magnífica instruccion gratuita, solicitando las inteligencias de todo género, ofrecida por el Estado, dando á todos, por nada, los mejores maestros y los mejores métodos, modelo de ciencia y de disciplina, normal, francesa, cristiana, liberal, que elevaría, sin duda alguna, la cultura nacional á su más alto grado de intensidad, colocaría yo sin titubear la libertad de enseñanza; la libertad de enseñanza para todos los establecimientos privados; la libertad de enseñanza para las corporaciones religiosas; la libertad de enseñanza plena, entera, absoluta, sometida á las leyes generales como todas las demás libertades, y no tendría necesidad de darla el poder inquieto del Estado como vigilante, porque la daría

la enseñanza gratuita del Estado por contrapeso.
(En la izquierda: ¡Bravo!—*Murmillos en la derecha.*)

Este, señores, lo repito, es el ideal de la cuestion. No os inquieteis, no estamos cerca de alcanzarlo, pues la solucion del problema implica una cuestion financiera importante, como todos los problemas sociales de la época presente.

Este ideal, señores, era necesario indicarlo, pues es preciso siempre decir á lo que se aspira; ofrece numerosos puntos de vista, pero no ha llegado el momento de desarrollarlo. Para no cansar á la Asamblea, entro inmediatamente en la realidad positiva y actual de la cuestion. La examinaré tal como se presenta hoy, en el grado relativo de madurez en que la han colocado, por una parte los acontecimientos, y por otra la razon pública.

Bajo el punto de vista restringido, pero práctico, de la situacion actual, quiero, y lo declaro así, la libertad de enseñanza, pero quiero la vigilancia del Estado; y como quiero la vigilancia efectiva, quiero el Estado láico, puramente láico, exclusivamente láico. El honorable M. Guizot lo ha dicho ántes que yo: en materia de enseñanza el Estado no es, no puede ser más que láico.

Quiero, digo, la libertad de enseñanza bajo la vigilancia del Estado, y no admito para personificar al Estado en esa vigilancia tan delicada y tan difícil, que exige el concurso de todas las fuerzas vivas del país, más que hombres que pertenezcan desde luégo á las más importantes carreras, pero

que no tengan ningun interés, ya sea de conciencia, ya político, distinto del interés de la Nacion. Esto equivale á decir que yo no introduciría ni en el Consejo superior de vigilancia, ni en los Consejos secundarios, ni Obispos ni delegados de Obispos. Mantendría, y en caso necesario haría más profunda que nunca aquella antigua y saludable separacion de la Iglesia y el Estado, que era la utopia de nuestros padres, y lo haría tanto en interés de la Iglesia como en interés del Estado. (*Aclamaciones en la izquierda.— Protestas en la derecha.*)

Acabo de decirlo lo que querría. Ahora hé aquí lo que no quiero.

No quiero la ley que os presentan.

¿Por qué?

Señores, esa ley es un arma.

Un arma no es nada por sí sola; no existe sino por la mano que la maneja.

Ahora bien, ¿cuál es la mano que manejará esa ley?

Hé ahí toda la cuestion.

Señores, es la mano del partido clerical. (*¡Es verdad!— Prolongada agitacion.*)

Yo, señores, temo á esa mano; quiero romper esa arma, rechazo ese proyecto.

Dicho esto, entro en la discusion.

Abordo inmediatamente, y de frente, una objeccion que se presenta á los que hacen la oposicion desde mi punto de vista; la única objeccion que tiene apariencia de gravedad.

Se nos dice: Excluí al clero del Consejo de vi-

gilancia del Estado; luego quereis proscribir la enseñanza religiosa.

Me explicaré, señores. Nadie se podrá engañar nunca por culpa mía, ni sobre lo que digo, ni sobre lo que pienso.

Léjos de querer proscribir la libertad de enseñanza religiosa, ¿lo entendeis bien? es, á mi juicio, más necesaria hoy que nunca. Cuanto más el hombre se engrandece, más debe creer. Cuanto más se acerca á Dios, mejor debe verle.

Hay una desgracia en nuestra época, casi me atrevo á decir que no hay más que una desgracia: cierta tendencia á colocarlo todo en esta vida. (*Sensacion.*) Al dar al hombre por fin y por objeto la vida terrestre y material, se agravan todas las miserias por la negacion que hay al cabo; se añade, al agobiamiento de las desgracias, el insoportable peso de la nada; y de lo que no era más que el sufrimiento, es decir, la ley de Dios, se hace la desesperacion, es decir, la ley del infierno. (*Prolongados movimientos.*) De ahí profundas convulsiones sociales. (*¡Sí, sí!*)

Ciertamente yo soy de aquellos que quieren, y nadie lo duda en este recinto, yo soy de aquellos que quieren, no digo con sinceridad, la palabra es demasiado débil, quiero con inexplicable ardor, y por todos los medios posibles, mejorar en esta vida la situacion material de los que sufren; pero el primer mejoramiento es darles esperanza. (En la derecha: *¡Bravo!*) ¡Cuánto se aminoran nuestras miserias finitas cuando á ellas se mezcla

una esperanza infinita! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El deber de todos nosotros, quienes quiera que seamos, lo mismo legisladores que obispos, sacerdotes como escritores, es esparcir, es prodigar, es gastar bajo todas formas toda la energía social para combatir y destruir la miseria (En la izquierda: *¡Bravo!*), y al mismo tiempo hacer que todas las cabezas se levanten hácia el cielo (En la derecha: *¡Bravo!*); dirigir todas las almas, volver todas las esperanzas hácia una vida ulterior, en la que se hará y se recibirá justicia. Digámoslo muy alto: nadie habrá sufrido injusta ni inútilmente. La muerte es una restitucion. (En la derecha: *¡Muy bien!—Movimiento.*) La ley del mundo material es el equilibrio; la ley del mundo moral es la equidad. Dios se encuentra al fin de todo. No lo olvidemos y enseñémoslo á todos; no habría dignidad alguna en vivir, ni valdría la pena hacerlo si debiésemos morir por completo. Lo que aligera la labor, lo que santifica el trabajo, lo que hace al hombre fuerte, bueno, sábio, paciente, benéfico, justo, humilde y grande á la vez, digno de la inteligencia y digno de la libertad, es tener ante sí la eterna vision de un mundo mejor, resplandeciendo á través de las tinieblas de esta vida. (*Viva y unánime aprobacion.*)

En cuanto á mí, puesto que la casualidad quiere que sea yo el que en este momento habla, y pone palabras tan graves en boca de tan poca autoridad, permitaseme decirlo aquí y declararlo, lo proclame desde lo alto de esta tribuna: yo creo profundamente en ese mundo mejor, que es para mí mucho más

real que esta miserable quimera que devoramos y llamamos vida; está sin cesar presente á mi vista; creo en él con todo el poder de mi convicción, y despues de muchas luchas, de muchos estudios y de muchas pruebas, es la suprema certidumbre de mi razon y el supremo consuelo de mi alma. (*Profunda sensación.*)

Quiero, pues, quiero sincera, firme y ardientemente la enseñanza religiosa, pero quiero la enseñanza religiosa de la Iglesia, y no la enseñanza religiosa de un partido. La quiero sincera, no hipócrita. (*¡Bravo! ¡Bravo!*) La quiero con el cielo por objeto, y no la tierra. (*Movimiento.*) No quiero que una cátedra invada á la otra; no quiero mezclar el sacerdote al profesor. O si consiento en esa mezcla, yo legislador, la vigilo, fijo sobre los Seminarios y sobre las Congregaciones de enseñanza el ojo del Estado, é insisto en ello, del Estado láico, celoso únicamente de su grandeza y de su unidad.

Hasta el dia, que ansio con todo mi corazon, en que pueda proclamarse la libertad completa de enseñanza, y al empezar ya os he dicho en qué condiciones, hasta ese dia quiero la enseñanza de la Iglesia, dentro de la Iglesia y no fuera. Sobre todo considero una irrisión hacer vigilar por el clero, en nombre del Estado, la enseñanza del clero. En una palabra, quiero lo que querían nuestros padres: la Iglesia en su casa, el Estado en la suya. (*¡Sí, Sí!*)

La Asamblea ve ya claramente por qué rechazo el proyecto de ley; pero acabaré de explicarme.

Señores, como os lo indicaba hace un momento,

ese proyecto es algo peor, si quereis, que una ley política; es una ley estratégica. (*Murmullos.*)

Me dirijo, no seguramente al venerable obispo de Langres, no á nadie que esté en este recinto, sino al partido que, si no ha redactado, al ménos ha inspirado el proyecto de ley, á ese partido á la vez silencioso y ardiente, al partido clerical. Yo no sé si está en el Gobierno, no sé si está en la Asamblea (*Movimiento*), pero le siento un poco por todas partes. (*Nuevo movimiento.*) Tiene fino el oido y me oirá. (*Risas.*) Me dirijo, pues, al partido clerical y le digo: Esa ley es vuestra ley. Pues bien, francamente, desconfío de vosotros. Instruir es construir. Desconfío de lo que vosotros construyais. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

No quiero confiaros la enseñanza de la juventud, el alma de los niños, el desarrollo de las inteligencias nuevas que se abren á la vida, el espíritu de las nuevas generaciones, es decir, el porvenir de la Francia. Y no quiero confiaros el porvenir de la Francia, porque confiároslo á vosotros sería abandonároslo. (*Movimiento.*)

No me basta que las nuevas generaciones nos sucedan, quiero que nos continúen. Hé ahí por qué no quiero sobre ellas ni vuestra mano ni vuestro soplo. No quiero que lo hecho por nuestros padres lo deshagais vosotros. Despues de aquella gloria no quiero esta vergüenza. (*Movimiento prolongado.*)

Vuestra ley es una ley con careta. (*¡Bravo!*)

Dice una cosa y hará otra. Es una idea de avasallamiento que toma el aspecto de la libertad. Es

una confiscacion con título de donacion. No la quiero. (*Aplausos en la izquierda.*)

Esa es vuestra costumbre. Cuando forjais una cadena, decís: ¡Hé aquí una libertad! Cuando haceis una proscripcion, exclamais: ¡Hé aquí una amnistía! (*Nuevos aplausos.*)

¡Ah! Yo no os confundo con la Iglesia, como no confundo el muérdago con la encina. Vosotros sois los parásitos de la Iglesia, sois la enfermedad de la Iglesia. (*Risas.*) Ignacio es el enemigo de Jesus. (*Viva aprobacion en la izquierda.*) Vosotros sois, no los creyentes, sino los sectarios de una religion que no comprendéis. Sois los que poneis la santidad en escena. No mezeleis la Iglesia en vuestros asuntos, en vuestras combinaciones, en vuestras estrategias, en vuestras doctrinas, en vuestras ambiciones. No la llameis vuestra madre para hacer de ella vuestra sierva. (*Profunda sensacion.*) No la atormentéis mezclándola en la política; sobre todo no la identifiquéis con vosotros. Ved el perjuicio que la haceis. El señor obispo de Langres os lo ha dicho. (*Risas.*)

¡Ved cómo se debilita desde que os tiene! ¡Os haceis amar tan poco, que concluiréis por hacerla aborrecida! En verdad os digo (*Risas*) que se pasaría muy bien sin vosotros. Dejadla en paz. Cuando no esteis en ella, á ella volverán todos los ojos. Dejad á esa venerable Iglesia, á esa venerable madre, en su soledad, en su abnegacion, en su humildad. ¡Todo eso constituye su grandeza! Su soledad le atraerá la muchedumbre; su abnegacion es su po-

der, su humildad es su majestad. (*Viva adhesion.*)

¡Hablais de enseñanza religiosa! ¿Sabeis cuál es la verdadera enseñanza religiosa, aquella ante la cual es preciso prosternarse, aquella que es preciso no turbar? Es la hermana de la Caridad á la cabecera del moribundo. Es el hermano de la Merced rescatando al esclavo. Es Vicente de Paul recogiendo al niño perdido. Es el obispo de Marsella en medio de los atacados de la peste. Es el arzobispo de Paris penetrando, con la sonrisa en los labios, en ese formidable arrabal de San Antonio, levantando su crucifijo por encima de la guerra civil y no cuidándose de recibir la muerte con tal de llevar la paz. (*Bravo.*) ¡Ved ahí la verdadera enseñanza religiosa, la enseñanza religiosa real, profunda, eficaz y popular, la que felizmente para la religion y la humanidad hace todavía más cristianos que los que vosotros deshaceis! (*Aplausos prolongados en la izquierda.*)

¡Ah! ¡Os conocemos! Conocemos al partido clerical. Es un partido viejo que tiene estados de servicio. (*Risas.*) El es el que monta la guardia en la puerta de la ortodoxia. (*Risas.*) El es el que ha encontrado para la verdad esas dos maravillosas vigas: la ignorancia y el error. El es quien prohíbe á la ciencia y al génio que vayan más allá del misal, y quien quiere enclaustrar el pensamiento en el dogma. Todos los pasos que ha dado la inteligencia de Europa los ha dado apesar suyo. Su historia está escrita en la historia del progreso humano, pero escrita por el reverso. (*Sensacion.*) A todo se ha opuesto. (*Risas.*)

El es el que hizo azotar á Prinelli por haber dicho que las estrellas no se caerían. El es el que aplicó el tormento 27 veces á Campanella por haber afirmado que el número de los mundos era infinito y haber entrevisto el secreto de la creacion. El es el que persiguió á Harvey por haber probado que la sangre circulaba. De parte de Josué encerró á Galileo; de parte de San Pablo aprisionó á Cristóbal Colon. (*Sensacion.*) Descubrir la ley del cielo era una impiedad; encontrar un mundo era una herejía. El es el que anatematizó á Pascal en nombre de la religion, á Montaigne en nombre de la moral, á Molière en nombre de la moral y de la religion. ¡Oh! Sí, seguramente, quien quiera que seais, que os llameis el partido católico y que seais el partido clerical, os conocemos. Ya hace mucho tiempo que la conciencia humana se subleva contra vosotros y os pregunta: ¿Qué me quereis? Ya hace mucho tiempo que intentais poner una mordaza al espíritu humano. (*Aclamaciones en la izquierda.*)

¡Y quereis ser los dueños de la enseñanza! ¡Y no hay ni un poeta, ni un filósofo, ni un pensador al que acepteis! ¡Y todo lo que se ha escrito, encontrado, soñado, deducido, iluminado, imaginado, inventado por los génius, el tesoro de la civilizacion, la herencia secular de las generaciones, el patrimonio comun de las inteligencias, todo lo rechazais! ¡Si el cerebro de la humanidad estuviera ante vuestros ojos, á vuestra discrecion, abierto como la página de un libro, haríais en él raspaduras! (*¡Sí, sí!*) ¡Confesadlo! (*Movimiento prolongado.*)

En fin, hay un libro, un libro que parece de un extremo á otro una emanacion superior, un libro que es para el universo lo que el Koran es para el Islamismo, lo que los Vedas para la India; un libro que contiene toda la sabiduría humana, iluminada por toda la sabiduría divina; un libro que la veneracion de los pueblos llama el libro, ¡la Biblia! Pues bien, ¡vuestra censura ha llegado hasta él! Cosa inaudita, ¡los Papas han proscrito la Biblia! ¡Qué admiracion para los espíritus prudentes, qué espanto para los corazones sencillos ver el Indice de Roma plantado sobre el libro de Dios! (*Viva adhesion en la izquierda.*)

¡Y vosotros reclamais la libertad de enseñanza! ¡Ah! seamos sinceros; entendámonos; la libertad que vosotros reclamais es la libertad de no enseñar. (*Aplausos en la izquierda.—Vivas reclamaciones en la derecha.*)

¡Ah! ¿Quereis que se os den los pueblos para instruirlos? Muy bien. Veamos vuestros discípulos. Veamos vuestros productos. (*Risas.*) ¿Qué habeis hecho de Italia? ¿Qué habeis hecho de España? Hace siglos que teneis en vuestras manos, á vuestra discrecion, en vuestra escuela, bajo vuestra férula, á esas dos grandes naciones, ilustres entre las más ilustres; ¿qué habeis hecho de ellas? (*Movimiento.*)

Yo os lo voy á decir. Gracias á vosotros, la Italia, cuyo nombre no puede pronunciar ningun hombre que piense sin sentir un inexplicable dolor filial; la Italia, aquella madre de los génius y de las naciones, que difundió por todo el universo las

más deslumbradoras maravillas de la poesía y de las artes; la Italia, que ha enseñado á leer al género humano, ¡la Italia hoy no sabe leer! (*Profunda sensacion.*)

Si, la Italia es de todos los Estados de Europa el que tiene ménos naturales que sepan leer. (*Reclamaciones en la derecha.—Gritos violentos.*)

La España, magníficamente dotada, que había recibido de los romanos su civilizacion primera, de los árabes su segunda civilizacion, y de la Providencia, y apesar vuestro, un mundo, la América; la España ha perdido, gracias á vosotros, gracias á vuestro yugo de embrutecimiento, que es un yugo de degradacion y empobrecimiento (*Aplausos en la izquierda*), la España ha perdido el secreto del poder que había recibido de los romanos, el génio de las artes que había recibido de los árabes, el mundo que había recibido de Dios, y en cambio de todo eso que le habeis hecho perder le habeis dado la Inquisicion. (*Movimiento.*)

La Inquisicion, que algunos hombres del partido intentan rehabilitar hoy con una timidez pudorosa que les honra. (*Prolongada hilaridad en la izquierda.—Reclamaciones en la derecha.*) La Inquisicion, que ha quemado en la hoguera ó ha ahogado en sus calabozos cinco millones de hombres. (*Negaciones en la derecha.*) ¡Leed la historia! La Inquisicion, que exhumaba los muertos para quemarlos por herejes (*¡Es verdad!*), testigo Urgel y Arnault, conde de Forcalquier. La Inquisicion, que declaraba los hijos de los heréticos, hasta la

segunda generacion, infames é incapaces de ningun honor público, exceptuando solamente, y éstos son los términos textuales de los edictos, *aquellos que hubieran denunciado á su padre.* (*Movimiento prolongado.*) La Inquisicion, que en el momento en que hablo tiene todavía en la Biblioteca Vaticana los manuscritos de Galileo cerrados y sellados bajo el sello del Indice! (*Agitacion.*) Verdad es que para consolar á España de lo que la habeis quitado y de lo que la habeis dado, la habeis apellidado la Católica! (*Rumores en la derecha.*)

¡Ah! ¿Lo sabeis? ¿Sabeis que habeis arrancado á uno de sus más grandes hombres este grito doloroso que os acusa? «¡Quiero mejor que sea la Grande que no la Católica!» (*Gritos en la derecha.—Larga interrupcion.—Muchos miembros interpelan violentamente al orador.*)

¡Ahí teneis vuestras obras maestras! Aquel hogar que se llamaba Italia, vosotros le habeis apagado. Aquel coloso que se llamaba España, vosotros lo habeis minado. Una está reducida á cenizas; la otra en ruinas. Hé ahí lo que habeis hecho de dos grandes pueblos. ¿Qué es lo que quereis hacer de la Francia? (*Movimiento prolongado.*)

Si, venís de Roma; os felicito. Habeis alcanzado allí un éxito magnífico. (*Risas y bravos en la izquierda.*) Acabais de amordazar al pueblo romano, y ahora quereis amordazar al pueblo francés. Lo comprendo: esto es más hermoso, esto seduce; sólo os advierto que tengais cuidado; es aventurado; se trata de un leon completamente vivo. (*Agitacion.*)

¿Contra quién os dirigís? Os lo voy á decir: os dirigís contra la razon humana. ¿Por qué? Porque hace la luz. (*¡Sí, sí! — ¡No, no!*)

Sí. ¿Quereis que os diga lo que os molesta? Pues es esa enorme cantidad de luz que la Francia difunde hace tres siglos; luz formada completamente por la razon, luz más brillante hoy que nunca, luz que hace de la nacion francesa, la nacion resplandeciente, de tal manera que la claridad de Francia se percibe sobre la faz de todos los pueblos del universo. (*Sensacion.*) Pues bien, esa claridad de la Francia, esa luz directa, esa luz que no viene de Roma, que viene de Dios, esa es la que vosotros quereis apagar, esa es la que nosotros queremos conservar. (*¡Sí, sí! — Bravos en la izquierda.*)

Yo rechazo vuestra ley. La rechazo porque confisca la enseñanza primaria, porque degrada la segunda enseñanza, porque rebaja el nivel de la ciencia, porque empequeñece á mi país. (*Sensacion.*)

La rechazo, porque soy de aquellos que sienten opresion en el pecho y rubor en la frente siempre que Francia sufre por cualquiera causa una disminucion, ya en su territorio, como por los tratados de 1815, ó ya en su grandeza intelectual, como por vuestra ley! (*Vivos aplausos en la izquierda.*)

Señores, ántes de concluir permitidme que dirija desde aquí, desde lo alto de la tribuna, un consejo sério al partido clerical, al partido que nos invade. (*¡Silencio, silencio! — Rumores en la derecha.*)

No es habilidad lo que le falta. Cuando las circunstancias le ayudan, es fuerte, muy fuerte, demasiado fuerte. (*Movimiento.*) Conoce el arte de mantener una nacion en un estado mixto y lamentable que no es la muerte, pero que no es la vida. (*¡Es verdad!*) A esto lo llama gobernar. (*Risas.*)

Es el gobierno por el letargo. (*Risas.*) Pero que tenga cuidado; nada que á eso se asemeje conviene á Francia. Es un juego temible el dejar entrever á esta Francia, solamente entrever, este ideal: la sacristía soberana, la libertad vendida, la inteligencia vencida y atada, los libros desgarrados, la epístola reemplazando á la prensa, la noche producida en los espíritus por la sombra de las sotas, y los génios macerados por los bedeles. (*Aclamaciones en la izquierda. — Negaciones furiosas en la derecha.*)

Es verdad que el partido clerical es hábil, pero eso no impide que sea cándido. (*Hilaridad.*) ¡Conque teme el socialismo! ¡Conque ve subir la ola, segun dice, y quiere oponer á esa ola que crece no sé qué dique agujereado! ¡Ve subir la ola y se imagina que la sociedad se salvará porque haya combinado para su defensa las hipocresías sociales con las resistencias materiales, y porque haya colocado un jesuita en todas los lugares donde no haya un gendarme! (*Risas y aplausos.*) ¡Qué candidez!

Lo repito, que tenga cuidado; el siglo XIX le es contrario; que no se obstine; que renuncie á dirigir esta grande época llena de profundos y nuevos instintos; de lo contrario no conseguirá más que

encolerizarla, desarrollará imprudentemente el instinto temible de nuestro tiempo y hará surgir terribles eventualidades. Sí, con el sistema que pretendo plantear, insisto en ello, con la educacion de la sacristía y el gobierno del confesionario... (*Gran interrupcion.—Gritos: ¡Al orden!—Muchos miembros de la derecha se levantan.—El Presidente y M. Victor Hugo cambian palabras que no podemos oír.—Violento tumulto.—El orador prosigue dirigiéndose á la derecha.*)

Señores, decís que quereis mucho la libertad de enseñanza: procurad querer un poco la libertad de la tribuna. (*Risas.—El ruido se calma.*)

Con esas doctrinas, que apesar de los hombres mismos arrastran una lógica inflexible, fatal y fecunda para el mal, con esas doctrinas que horrorizan cuando se las ve en la Historia... (*Nuevos gritos: ¡Al orden!—El orador se interrumpe.*)

Señores, el partido clerical, ya os lo he dicho, nos invade. Yo le combato, y en el momento en que ese partido se presenta con una ley en la mano es mi derecho de legislador examinar esa ley y ese partido. Vosotros no me impedireis hacerlo. (*Muy bien!*) Continúo.

Sí, con ese sistema, esa doctrina y esa historia, sépalo el partido clerical, por todas partes donde esté engendrará revoluciones; por todas partes se echarán en brazos de Robespierre por huir de Torquemada. (*Sensacion.*) Eso es lo que convierte al partido que se intitula católico en un sério peligro público. Y aquellos que, como yo, temen

igualmente para las naciones el trastorno anárquico y el aletargamiento sacerdotal, dan el grito de alarma. Pensadlo bien, mientras es tiempo todavía. (*Clamores en la derecha.*)

Me interrumpís. Los gritos y los murmullos ahogan mi voz. ¡Señores, os hablo, no como agitador, sino como hombre honrado! (*¡Silencio, silencio!*) ¡Ah, señores! ¿Acaso, por casualidad, seré sospechoso para vosotros?

GRITOS EN LA DERECHA.—¡Sí, sí!

M. VÍCTOR HUGO.—¡Qué! ¿Os soy sospecho? ¿Vosotros lo decís?

GRITOS EN LA DERECHA.—¡Sí, sí!

(*Tumulto inexplicable.—Una parte de la derecha se levanta é interpela al orador, impasible en la tribuna.*)

Pues bien, acerca de ese punto es preciso explicarse. (*El silencio se restablece.*) Es esto, hasta cierto punto, una cuestion personal. Oireis, así lo creo, una explicacion que vosotros mismos habeis provocado ¡Ah! ¿Conque yo soy para vosotros sospechoso! ¿Y de qué? ¡Os soy sospechoso! Sin embargo, el año último defendí el orden en peligro, como defendiendo hoy la libertad amenazada, como defendere el orden mañana si vuelve el peligro de aquel lado. (*Movimiento.*)

¡Os soy sospechoso! ¿Os lo era acaso cuando, cumpliendo mi mandato de representante de París, procuraba evitar la efusion de sangre en las barricadas de Junio? (*Bravos en la izquierda.—Nuevos gritos en la derecha.—El tumulto vuelve á empezar.*)

¡No quereis ni oír una voz que defienda resueltamente la libertad! Si yo soy sospechoso para vosotros, vosotros lo sois para mí. ¡El país juzgará entre nosotros! (*¡Muy bien, muy bien!*)

Señores, una última palabra. Tal vez sea yo uno de aquellos que tuvieron la dicha de prestar á la causa del orden en tiempos difíciles, en un pasado reciente, algunos servicios oscuros. Esos servicios han podido olvidarse; no los recuerdo. Pero en el momento en que hablo tengo el derecho de apoyarme en ellos. (*¡No, no!—¡Sí, sí!*)

¡Pues bien, apoyado en ese pasado, lo declaro con convicción, lo que Francia necesita es orden, pero orden viviente, que es el progreso; es el orden, tal como resulta del crecimiento normal, pacífico y natural del pueblo; es el orden, haciéndose á la vez en los hechos y en las ideas por medio del pleno resplandor de la inteligencia nacional. ¡Es todo lo contrario de vuestra ley! (*Viva adhesión en la izquierda.*)

Soy de los que quieren para este noble país la libertad y no la compresión; el continuo crecimiento y no el empequeñecimiento; el poder y no la servidumbre; la grandeza y no la nada! (En la izquierda: *¡Bravo!*)

¡Qué! ¿Son esas las leyes que nos traeis? ¡Qué! Vosotros, gobernantes; vosotros, legisladores, ¿quereis detenernos? ¿Quereis detener la Francia? ¿Quereis petrificar el pensamiento humano, apagar la antorcha divina, materializar el espíritu? (*¡Sí, sí!—No, no!*) ¿Luego no veis los elementos del

tiempo en que vivís? ¿Luego os encontrais en vuestro siglo cual extranjeros? (*Sensación.*)

¿En este siglo, en este gran siglo de novedades, acontecimientos, descubrimientos y conquistas soñais en la inmovilidad? (*¡Muy bien!*) ¿En este siglo de esperanza proclamais la desesperación? (*Bravo!*) Echais por tierra, como hombres cansados de trabajo, la gloria, el pensamiento, la inteligencia, el progreso, el porvenir, y decís: ¡Basta, no vayamos más allá; detengámonos! (*Negaciones en la derecha.*) ¿Pero no veis que todo va, viene, se mueve, crece, se trasforma y se renueva alrededor de vosotros, por encima de vosotros y debajo de vosotros? (*Movimiento.*)

¡Ah! ¿Quereis deteneros? Pues bien, os lo repito con profundo dolor: yo, que aborrezco las catástrofes y derrumbamientos, os lo advierto con la muerte en el alma (*Risas en la derecha*); ¿no quereis progreso? Tendreis revoluciones. (*Profunda agitación.*) A los hombres que son bastante insensatos para decir: La humanidad no marchará, responde Dios con la tierra que tiembla. (*Aplausos prolongados en la izquierda.*)

El orador, al bajar de la tribuna, es rodeado de multitud de miembros que le felicitan. La Asamblea se separa presa de viva emoción.